

Hoy escribe JAIME GUZMAN

Ante una reafirmación presidencial

FRENTE a nuestro difícil momento económico, es frecuente oír que "10 ó 15 puntos más de la inflación anual, quizás serían menos graves que la quiebra de muchas empresas, con el consiguiente incremento del desempleo".

Y algunos agregan que "al fin y al cabo, ya estábamos acostumbrados a vivir con cierta inflación histórica".

Estos criterios, a menudo ligeros o desaprensivos, sugieren algunos comentarios. Ellos cobran aún mayor actualidad después de la categórica reafirmación que el Presidente Pinochet hizo recientemente en su mensaje de fin de año, tanto del modelo económico vigente como del camino esbozado para ajustar nuestra economía a la nueva realidad mundial, respecto del cual S. E. fue especialmente enfático para descartar toda cesión a presiones inflacionarias.

El hablar de "tantos puntos" más de inflación encierra la engañosa creencia de que los procesos inflacionarios resultan controlables con una certeza próxima a la exactitud. Pero la experiencia demuestra todo lo contrario.

Cuando se cede a las presiones

inflacionarias, generalmente el fenómeno se desboca mucho más allá de lo deseado por los gobernantes. Y si ello no ocurre de inmediato, y los precios se limitan simplemente a estabilizarse en un nivel más elevado, ante el pronto resurgimiento posterior de las dificultades económicas que la inflación no corrige, sino sólo disimula, renacen las mismas presiones, cayéndose así en la espiral inflacionaria. Los chilenos hemos sufrido demasiado intensamente sus dramáticos y devastadores efectos como para abundar en ellos.

SIN embargo, hay quienes si bien admiten que frente al nivel inflacionario ya logrado sería peligroso ceder al respecto, añaden

"Es cierto que a la inflación —lo mismo que a las drogas— uno puede acostumbrarse. Pero eso no quiere decir que no hagan daño, y a veces mucho"...



que hubiese sido preferible no desacelerar tan bruscamente dicho proceso, en nuestro caso. Son los que enfatizan en que "al fin y al cabo, Chile ya se había acostumbrado a vivir con determinada inflación".

No voy a caer en la simplicidad de ignorar que detrás de las diversas opciones para combatir un proceso inflacionario hay múltiples consideraciones que deben pesarse desde los variados ángulos políticos, económicos y sociales comprometidos.

No obstante, ningún enfoque puede desconocer los males que de suyo implica la inflación, lo cual en Chile suele olvidarse, quizás precisamente porque nos acostumbramos a ella por décadas.

La inflación es un impuesto oculto que generalmente daña en mayor medida a los más pobres, ya que mientras los bienes de capital suben su valor junto con la inflación, los sueldos y salarios disminuyen día a día su poder adquisitivo.

LA inflación genera para los más pobres un perjuicio que, por su carácter generalizado, habitualmente resulta más difícil de paliar que el desempleo, ya que éste afecta a un conjunto menor y más determinado de personas, en cuyo auxilio el Estado puede acudir con mucho mayor facilidad y eficacia.

Pero, además, la inflación atenta contra las bases mismas de un alto y sostenido desarrollo económico. En efecto, como no todos los agentes económicos reaccionan con igual prontitud y facilidad ante el proceso inflacionario, éste distorsiona las relaciones entre el precio de producción y el precio de venta de los diversos productos, con la consiguiente incertidumbre para los inversionistas, que se traduce en una asignación menos eficiente de los recursos productivos.

Es cierto que a la inflación —lo mismo que a las drogas— uno puede acostumbrarse. Pero eso no quiere decir que no provoquen daño, y a veces mucho. Lo que ocurre es que el drogadicto suele no advertirlo. Es tal vez lo que, en materia de inflación, pasa con muchos chilenos. De ahí la importancia de la reciente reafirmación presidencial de no ceder en el combate contra ella.

La Seg. 8-I-82